

NUEVOS EXTRACTOS

DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA



Moz. Salvador Omeña s/fzjs

Discursos pronunciados en el Acto de Ingreso
Como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de
ESTEBAN ANCHUSTEGUI IGARTUA

Suplemento 24-G del Boletín de la RSBAP

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN



Enrique Samaniego - Amigo de Número
Juan Bautista Mendizabal - Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa
Esteban Anchustegui - Nuevo Amigo de Número





Enrique Samaniego - Amigo de Número
Esteban Anchustegui - Nuevo Amigo de Número
Juan Bautista Mendizabal - Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa



AGURRA / SALUDO

Juan Bautista Mendizábal Juaristi
EAEko Presidentea Gipuzkoan
Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa

Ongi etorriak izan zaitezte denok. Esteban Anchustegui, zure familia eta zure lagun denak. Nola ez, hona gaur hurbildu zareten Bascongadako Adiskideak, eta guztiok

Esteban, gure Adiskideen Elkartean zure ikasgaia entzuteko zain geunden. Iritsi da eguna. Badakigu zer poz eta interesarekin prestatu duzun gaur dakarkizun gaia. Gaurko ikasgai honekin aurtengo urteko Sarrera Ikasgaiak bukatzen ditugu. Urte oparoa benetan. Gogoratu bakarrik, Iñaki Olaizola, Eragin kultur taldea, Antton Valverde, Pedro Berriochoa edo Jesús Alberdirekin egindako ekitaldi akademikoak. Eta gaur zure eguna dugu Esteban, zure lan oparoa eskertu nahi dugu, eta gure baitan hartu, elkarrekin lana egiteko.

Bienvenidos seáis todos a Intsausti, a este acto académico de la entidad cultural más antigua de Euskal Herria. Como hace unos días se dijo, con motivo del nombramiento de Bergara como Sitio Histórico de la Ciencia por el aislamiento del wolframio: “hay que reconocer el arduo trabajo que hicieron aquellos inquietos ilustrados de la Bascongada, la institución académica y científica más vibrante del Estado, que ejerció un papel similar a la desarrollada por las Sociedades de Francia o Europa Central”; o como dijera el Diputado General, Markel Olano, nuestro País necesita

recuperar nuevamente los valores de la ilustración, basados en la razón, las ciencias y la educación.

Con el ingreso de hoy podemos nuevamente presumir sin rubor, de contar en nuestra Sociedad con un elenco de pensadores inquietos, como lo fueron los fundadores de la Bascongada. Como dicen nuestros estatutos, los Amigos de la Sociedad han de promover toda actividad, estudio e investigación que contribuya al progreso económico, social y cultural del País, manteniendo los que se vienen desarrollando sobre la lengua, sus leyes, usos, costumbres y su historia.

Precisamente tú, Esteban, combinas la filosofía y las leyes de una forma excelente, además eres un enorme constructor de puentes culturales. Llevas muchos años trabajando la “cuestión de la ciudadanía” que tanto nos preocupa a los miembros de nuestra Sociedad. Como le preocupa especialmente a nuestro Amigo de Número y miembro de la Junta Rectora de Gipuzkoa Doctor Enrique Samaniego, quien efectuará tu presentación.

No dudamos de que todo esto quedará demostrado en la lección que vas a presentarnos: “*IDENTIDAD, CIUDADANIA Y MULTICULTURALIDAD*”. Un título absolutamente sugerente y de enorme actualidad.

Dada la relación del Doctor Anchustegui con Latinoamérica y especialmente con El Perú, me vais a permitir citar a uno de los más grandes conocedores de la vida de nuestra Sociedad en aquella parte de América, Don Federico Lohmann Villena, de la Real Academia de la Historia de Lima. Él decía que las virtudes sociales de nuestra Bascongada,- que favorecían los progresos de la humanidad, que alivian, que socorren, que instruyen, que hacen a las personas, buenas, amables y amados mutuamente de sus semejantes-, fueron compartidos por la Sociedad Académica de Amantes del País de Lima y que los plasmaba en las páginas del Mercurio Peruano, considerado como el más interesante periódico dieciochesco. Es un testimonio verdaderamente im-

portante que hace que nuestra Sociedad sea considerada como uno de los pilares de la diáspora vasca.

Llegados aquí invítaros a que entréis en nuestra página Web, no es el periódico interesante que cita Lohmann, pero sí el lugar donde encontrareis referencias a lo que fuimos y somos. Y más importante aún, lo que hacemos día a día: Bascongada.eus.

En este momento quisiera recordar a todos y cada uno de los que como los aquí presentes se dedican a hacer una Euskal Herria algo mejor, científica, económica o humanamente.

Hitz hauek esanda hasiera ematen diot ekitaldi akademiko honi. Aurrera Esteban.

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Enrique Samaniego Arrillaga
EAEko Adiskide Numerarioa
Amigo de Número de la Bascongada

Juan Bautista, zuzendaria; jaun ta andreok; nere lagunak. Arratsaldeon danori.

Tengo el honor de presentar al amigo Esteban Anchústegui, amigo personal, desde siempre amigo del país y, desde ahora, más comprometido, si cabe, en el seno de la Bascongada.

Nos va a hablar de identidad, ciudadanía y multiculturalidad. Permitidme una reflexión con la que trato de encontrar, entre otras cosas, una justificación de nuestra existencia como amigos del país, en los tiempos actuales.

En los últimos años, en nuestro entorno, para determinados individuos se cierne el riesgo de la marginación y de la exclusión, situación dependiente de problemas tales como: el paro, la drogadicción, la pobreza, la inmigración ilegal etc. temas difíciles de abordar y que requieren dedicación, mucho estudio e imaginación. En la población actual, es deseo generalizado que existan organizaciones humanitarias y, ayudas adecuadas para la recuperación de las personas afectadas, tanto de forma particular como colectiva. Estar en contra de aplicar métodos conducentes a la recuperación de estos individuos, sería una aberración.

Por otra parte, en las circunstancias actuales, con diferencias importantes entre unos y otros, están en riesgo de pérdida de identidad y marginación los *países sin estado* y, sin embargo, en estos casos no existe la conciencia colectiva que trate de salvar su cultura, únicamente son sensibles sus ciudadanos y, no todos.

Aquí debe estar el reto actual de los que pertenecemos a cualquiera de estos países y más si somos sus amigos. En primer lugar, imaginación para abrir programas de desarrollo en estos objetivos culturales, con métodos no violentos y democráticos, y abiertos a influencias foráneas ya que, a la cultura superior se llega mediante el influjo recíproco de numerosos elementos pertenecientes a distintas culturas. Es condición *sine qua non* que el respeto entre culturas sea mutuo, manteniendo, cada cual, la esencia de sus orígenes; en esto, nuestro país tiene sobrada experiencia. No decaigamos. Por algo nos llamamos amigos del país, ejerzamos haciendo país.

La vida se oscurece allí donde existe el empeño de borrar las diferencias.

Amigo Esteban.

Bienvenido a la Bascongada.

“IDENTIDAD, CIUDADANÍA Y MULTICULTURALIDAD”

Lección de Ingreso en la
Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte

POR:
ESTEBAN ANCHUSTEGUI IGARTUA

PALACIO - INTSAUSTI - JAUREGIA - AZKOITIA
2018ko azaroaren 3an
3 de noviembre de 2018

Soy consciente del enorme honor y responsabilidad que supone ser miembro de una Sociedad, como la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, que desde su origen se ha concebido como una organización “de vanguardia social”. Con todo, sé y asumo que esta consideración lleva aparejada una obligación, un deber que asumo gustoso, a la vez que agradezco la confianza de quienes han considerado que mi persona puede aportar algo a este País, a esta Sociedad, y a sus objetivos a lo largo de dos siglos y medio de existencia. Y fiel a ellos, a su pasado y a su presente, asumo la responsabilidad de formar parte de una Sociedad que, desde su fundación en 1764, se ha percibido a sí misma como una referencia comprometida con la cultura y la identidad del País. Por tanto, asumiendo este reto, me comprometo a aportar mi granito de arena en lo que sepa y pueda.

La lealtad es un sentimiento que manifestamos ante los seres humanos que percibimos cerca, es una emotividad que brota en la medida en que somos o nos sentimos parte de un grupo, es una adhesión que surge de una sensación que vivimos o creemos vivir. Lealtades y también reconocimientos, porque no podemos permitirnos olvidar que los reconocimientos son materias de justicia distributiva, que son la moneda con que pagamos nuestras deudas intelectuales. Por eso es tan importante pagar las deudas, porque mucho de lo que somos o consideramos que somos lo recibimos en prenda y lo debemos reintegrar y preservar para los que vendrán.

De hecho, hay un refrán en el Talmud, según el cual “el día de la redención se acerca un poco más cuando un sabio reconoce todas sus fuentes”. Pero aquí no quiero hablar de las deudas de

los sabios ni de su redención, pretendo hablar de culturas y de su reconocimiento, reflexionar sobre ello, convencido que este ejercicio agridulce nos hará, sin ninguna duda, más libres y corresponsables.

Esta pequeña comunicación tiene por título “Multiculturalismo e integración política”, porque es precisamente la conjunción (“Multiculturalismo” e “integración política”) lo que da sentido al modelo de multiculturalismo que propugno.

Entramos en materia. Así, si la *consciencia* de tener un ámbito *necesario* para hechos y acciones en comunidad desarrolla el espacio público, la conciencia de pertenencia a una comunidad nos descubre el actuar cívico, nuestro modo de ser y habitar el mundo. En ese espacio, a través de aspectos cotidianos, se manifiesta nuestra concepción de la vida, se nos revela lo *no contingente*, y reflexionamos y entramos en contacto con toda la historia que nos precedió.

Tengo amigos que viven con dramatismo la hecatombe de la moralidad autónoma, compatriotas que se sienten perplejos ante la evidencia de que “un mundo” que se autodefine “ilustrado y emancipado” mire a otro lado y no sea capaz de comportarse como sujeto moral responsable. Y también conozco compañeros a los que da pavor la alienación de un ser humano capaz de ser ajeno al sufrimiento del otro; y, asumiendo un extra de responsabilidad... han optado por vivir vigilantes del Otro, del otro semejante, indagando, explorando, rastreando señales de humanidad en las culturas.

«Cada gesto del Otro es una señal dirigida hacia mí» decía Lévinas, insistiendo en que la relación de alteridad se refería a la capacidad ética de reconocer al otro, tanto individual como colectivamente. Y esta capacidad de reconocimiento del otro, siempre fin y nunca instrumento, hace de nosotros seres compasivos, aptos para compadecernos súbitamente, capaces de padecer con el otro. Desde esta posición se entiende la existencia del otro moral,

lo que implica un mandamiento positivo: «*debes dejarme vivir*». Y desde esta relación ética, la relación del ser se convierte en una relación del compartir. Y en aras a conseguir estos objetivos sé de seres humanos, de procedencias distintas, que consideran imprescindible la vuelta a las culturas, condición *sine qua non* para el ejercicio de la moralidad.

Y para ello se nutren de las fuentes que les han precedido, se motivan en esos manantiales, y, en nuestro caso más cercano, apelando al lenguaje popular y rememorando al poeta vasco euskaldun Artze, beben de ellas: «*Iturri zaharretik edaten dut, ur berria edaten; beti berri den ura, betiko iturri zaharretik*» que en español vendría a decir algo así como: «*De la vieja fuente bebo, bebo el agua nueva, el agua que siempre es nueva, de la fuente que siempre es vieja*».

Renovándonos, pero volviendo siempre al origen, y si no al origen, porque es imposible, no olvidándonos del origen, y construyendo (eso es el republicanismo político) con las generaciones actuales sin olvidar lo que hemos recibido de nuestros anteriores. Porque no hacerlo, además de una soberana estupidez, sería traicionarnos a nosotros mismos. Por ello, la alteridad democrática que algunos autores proponen sólo es posible con la vuelta a las culturas.

Me considero un acérrimo defensor de la convivencia entre culturas, porque la cultura incide en los procesos de constitución de la identidad, entendida ésta, la identidad, como “la interpretación que hace una persona de quién es y de sus características definitorias fundamentales como ser humano”. Y la *identidad se moldea por el reconocimiento (o por la ausencia de éste, o por un falso reconocimiento*, con el que el individuo se percibe a sí mismo de una manera degradada). Porque las personas adquieren los lenguajes necesarios para su definición sólo en relación con los demás, y definen su identidad en diálogo con los otros (particularmente con los “otros significativos”) a lo largo de toda la vida.

En este sentido se puede afirmar que hay otros que son parte de nuestra identidad, en la medida en que sólo con ellos podemos tener acceso a aquello que apreciamos. Por eso decía al principio que los reconocimientos son materias de justicia distributiva.

El reconocimiento de las culturas –en tiempos como éste en que se mira con desdén todo lo local en una falsa universalidad que sólo justifica lo que conviene en cada momento– es una reivindicación largamente exigida entre nosotros, otra vez en la historia particular de los vascos. Citaré, pongo por caso, a Luis de Eleizalde, promotor de la Sociedad de Estudios Vascos (*Eusko Ikaskuntza*) o de la Academia de la Lengua Vasca (*Euskaltzaindia*) cuando refiriéndose, por ejemplo, al idioma, dice *«que refleja, en su organismo, los más delicados matices de las ideas y de los sentimientos. El idioma es la verdadera y genuina tradición nacional, es el espejo del complejo intelectual del alma, es el fiel inventario de los conocimientos del pueblo, la más exacta representación del carácter y de la civilización nacionales... Su léxico, pobre o copioso, altivo o encanallado, nos da preciosas indicaciones sobre la mentalidad, la moralidad, la suma de conocimientos y las etapas de la evolución del pueblo. La sintaxis, la conjunción y los modismos nos dejarán explorar íntimos repliegues del alma nacional que en vano se buscarán por los métodos psicológicos; nos descubrirán sucesos del pasado que no están consignados en los libros de historia»*. Pero esta reflexión, realizada en un contexto particular, es perfectamente universalizable a todas las culturas, a todas las lenguas, a todas las identidades.

Este universo identitario se apoya en la consideración de que la libertad individual y la prosperidad dependen de la pertenencia plena y no dificultada a un grupo cultural respetado y floreciente. Esta libertad presupone disponer de opciones vitales (formas de vida), opciones encarnadas en redes densas de prácticas sociales interrelacionadas, cuyo conocimiento y significado es accesible mediante la comprensión de un “vocabulario compartido” que se ha ido constituyendo a través de una experiencia vivida y reproducida. Ello quiere decir que, en último término,

la libertad de elección tiene como precondition un substrato cultural, porque sólo a través de la socialización en una cultura puede uno disponer de las opciones que dan significado a la vida. La cultura, por tanto, determina el horizonte de las posibilidades de los individuos.

Y éste ha sido precisamente uno de los elementos frustrados de la modernidad: Porque en este proceso ha habido dos etapas:

1) La fase donde prevaleció la política universalista de reconocimiento de la dignidad igual de los ciudadanos y, por consiguiente, de igualdad de derechos, y 2) el período donde emergió el giro subjetivista, que corresponde a finales del XVIII y que, entre otros, es representado por Rousseau (describe la autenticidad moral como la voz de la naturaleza dentro de nosotros) o Herder (cuando se refiere a que cada uno tiene su forma original de ser humano).

Mientras el liberalismo clásico asumió e hizo suyas las consecuencias de la primera etapa, permaneció cerrado a esta segunda dimensión, por lo que queda pendiente la aceptación del marco cultural de identificación, única manera de garantizar una auténtica participación política. Para ello es necesaria la inclusión de una *política de la diferencia*, que no sólo exija *igual reconocimiento para cada uno*, sino que pide, además, que sea reconocido como *distinto* de los demás. De esta manera se cerraría un proceso hasta ahora inconcluso de la modernidad que, si bien profundizó en la tesis de que todos los seres humanos son igualmente dignos de respeto (primando la autonomía individual), ha olvidado el hecho de que la capacidad (que es universal) de moldear y definir la propia identidad individual y cultural sólo se puede fundamentar en el reconocimiento y fomento de la particularidad.

Por ello, adoptar la perspectiva del multiculturalismo como propuesta de integración política (este es el título de esta comunicación) exige no sólo una reconceptualización de la esfera

pública, sino demanda también un giro en las políticas relacionadas con la ciudadanía y los derechos. Nunca olvidemos, como decía anteriormente, que las personas adquieren los lenguajes necesarios para su definición sólo en relación con los demás, y definen su identidad en diálogo con los otros (particularmente con los “otros significativos”) a lo largo de toda la vida. Incluso podríamos decir que hay otros que son parte de nuestra identidad, en la medida en que sólo con ellos podemos acceder a las cosas que apreciamos.

Sin embargo, en las modernas sociedades occidentales, concebidas como agregados de individuos con planes de vida propios, cualquier invocación a algo como el “bien de la comunidad” es vista con recelo, y se habrían deshecho, por tanto, las redes de solidaridad y compromiso social que antaño la cohesionaban. Porque la comunidad política así concebida sólo se entiende al servicio de la identidad individual. En ella se enfatiza el individuo y su capacidad para trascender la identidad colectiva: el individuo tiene prioridad ontológica y es el punto de partida a partir del cual, y en función del cual, ha de explicarse cualquier entidad colectiva. Y semejante percepción del ser humano nos ha llevado a la fragmentación, esto es, a una comunidad o a un pueblo cada vez menos capaz de formar un propósito común y de llevarlo a cabo. Así, la fragmentación aparece cuando las personas llegan a verse a sí mismas cada vez más atomísticamente y cada vez menos ligadas a sus conciudadanos en proyectos comunes y lealtades.

Pero frente a ese yo atomizado, que considero un espejismo racional, siempre persiste el yo situado en una sociedad particular, en una situación histórica concreta. Y ese “yo histórico” engendra deberes hacia las familias, los grupos y las naciones que participan de la definición de nuestro yo. Y estos deberes, además, pueden ser comprendidos como una expresión de autoestima o de aceptación de uno mismo. Porque para aceptarme o amarme a mí mismo, debo respetar y querer los aspectos de mí

mismo que están ligados a los otros. Así, mi simple biografía crea obligaciones hacia otras personas, obligaciones que yo condenso bajo la noción general de *lealtad*. Y la sociedad así entendida vendría a ser como una sucesión de círculos concéntricos, con el Estado (en su caso) como círculo máximo; con círculos concéntricos que van de menos a más, donde los distintos colectivos, desde la familia a la nación, mantienen una continuidad cualitativa con diferencias derivadas únicamente de la frecuencia de encuentros o relaciones entre las distintas escalas, compartiendo valores que, a modo de cemento, mantienen la unidad.

En un mundo en el que la ilusión por la consecución de la libertad individual absoluta nos lleva a la frustración es preciso aperebirnos que, si no contextualizamos la libertad, estamos abocados a ser pasto de una naturaleza deseante ilimitada que nos convertirá en adolescentes consumidores encadenados al insaciable mercado.

Sin embargo, la pervivencia armónica y respetuosa de las culturas en espacios políticos compartidos, al contrario, proporciona a quienes participan de una cultura un sentido de pertenencia y de continuidad histórica, así como un trasfondo de pautas y valores sobre el que se construye la propia identidad, y cuya ausencia o cambio forzado, como muestra la experiencia, exige muy dolorosos procesos de adaptación.

Así, a través de la conciencia cultural, los miembros de la comunidad política se socializan (y se perciben a sí mismos) como conciudadanos, siendo esta vinculación la base de la lealtad política de los ciudadanos. Además, este sentimiento de pertenencia es un prerrequisito de la solidaridad. Una identidad colectiva implica una lealtad compartida, lo que incrementa la confianza en que los otros actuarán con reciprocidad respecto al propio comportamiento cooperativo.

La cultura vivida, por tanto, es una “comunidad ética” cuyos miembros se sienten moralmente obligados hacia sus compa-

triotas, con quienes comparten una deuda moral hacia sus antepasados. Este compromiso moral no excluye en modo alguno otras obligaciones más generales respecto a los seres humanos como tales; pero es mucho más fuerte y sólido, porque está basado en un vínculo sentido de pertenencia a una comunidad moral en la que la propia identidad personal se ha forjado, proporcionando una base motivacional que no puede surgir de una consideración universalista abstracta.

Esto es especialmente importante en los llamados Estados de Bienestar, que implican una fuerte redistribución, y cuyos miembros reconocen tales obligaciones de justicia entre sí. La erosión de los sentimientos de identidad deja las manos libres al mercado. Y algo semejante puede decirse respecto a la instauración de una democracia deliberativa, puesto que ésta requiere confianza mutua y sentimientos de solidaridad. Pero todo esto sería materia para otra reflexión.

Finalizo. Considero que la práctica multicultural nos enriquece como seres morales, pero esta práctica siempre debe realizarse desde una posición particular y con un buen anclaje en las raíces propias, ya que sin esta base fundamental es imposible construir nuevos espacios de corresponsabilidad, colaboración y solidaridad. Y creo interpretar que este es el sueño de los que hace 250 años formaron esta sociedad ilustrada, siempre abierta a lo universal pero partiendo desde nuestras particulares especificidades que queremos y debemos preservar. Y trabajar por algo así sí que es un gran sueño, toda una manera de conducirse en la vida. Shakespeare decía que “estamos hechos de la misma materia que los sueños”. No sé si es verdad, pero lo que sí es cierto es que, desde la honestidad y la satisfacción del deber moral cumplido, todas las aportaciones para desarrollar este apasionante proyecto serán bienvenidas.

Eskerrik asko